

Domingo de Ramos

Isaías 50:4-7; Filipenses 2:6-11; Lc 19, 28-40

«La gente tapizaba el camino con sus mantos, y la multitud de discípulos se pusieron a alabar a Dios a gritos: - ¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor!»

10 abril 2022 P. Carlos Padilla Esteban

«Jesús vuelve a vencer a la muerte, a triunfar sobre el mal. No lo hace por la fuerza. No impone la paz en negociaciones. Su arma es la paz. Su respuesta el amor. El silencio es su palabra»

En la vida hay laberintos que no llevan a ninguna parte. Me enredo en ellos tratando de encontrar la salida. Pienso que será más fácil cuando emprenda el camino. Sabré regresar, pienso y me adentro seguro. Creo tener claro hacia dónde camino. Como si todo estuviera escrito y delineado en un mapa imaginario. La entrada y la salida, los cruces y los recovecos. Y yo caminando seguro y sabiendo hacia dónde ir. A la derecha o a la izquierda. Si sigo recto volveré a casa. Si giro a la izquierda me alejaré del centro. Tomo decisiones a veces sin pensar. Otras veces lo hago después de darle muchas vueltas a la cabeza. En ocasiones me dejo llevar por la intuición y dejo que el corazón elija. Pero luego quiero racionalizarlo todo y que sea la razón la que se imponga trayendo algo de cordura a mi vida. Tiene mucho de laberinto este camino mío por el que avanzo. Creo llegar al final y de nuevo giro y giro descubriendo nuevos espacios desconocidos hasta ese momento. Me siento solo en medio de caminos sin final. Y me siento desolado en ocasiones rezando para que alguien me ponga la mano en el hombro y me diga, no tengas miedo, sígueme. Seguir a alguien me parece más fácil, más tentador que seguir solo sin pedir ayuda. Pero cuesta mucho reconocer que necesito ayuda para salir de un laberinto. Yo me creí tan capaz, tan fuerte, tan sabio. Los laberintos son como los crucigramas, tienen respuesta. Y así trato de analizar mi vida mirando mi pasado. Y veo laberintos que desentrañé encontrando respuestas y viendo salidas válidas y luminosas. En esos momentos ya idos me vi seguro. Recuerdo algunas manos amigas que me animaron a levantarme cuando me sentía perdido. Y comprendí que los laberintos formarán siempre parte de mi vida. No tengo que temer nada. Sólo me puede dar miedo mi desaliento, mi desánimo cuando me siento en el suelo en algún lugar perdido y lloro. Son esos momentos en los que decido no caminar más porque ya no confío en mi intuición para saber si estoy siguiendo el camino a la salida o me dirijo hacia el centro del laberinto de nuevo. Mis dudas y mis miedos me paralizan. Los laberintos son como los crucigramas. Seguro que tienen una respuesta más sencilla de las que creo cuando los analizo. La vida es un laberinto y en ella Dios camina a mi lado para llevarme a puerto seguro, a esa salida que me salva. Me conforta saber que habrá manos amigas, palabras sabias y el aliento de Dios sosteniendo mis decisiones. A la derecha o a la izquierda. Avanzar o retroceder. No lo tengo todo claro siempre. Los caminos no parecen tan claros. La meta no es tan evidente. Me gustaría que fuera todo diáfano, lineal, fácil. Y no lo es. Tomo una decisión creyendo que es la correcta. Puede que lo sea, pero no me conduce al lugar esperado. A veces me dejo tentar y me puede el pecado. Entonces me enredo en el laberinto alejándome de Dios porque tengo miedo y me cuesta creer en su misericordia. Los caminos no son todos tan claros. Hay flechas, señales, algunas muy claras, otras confusas como puertas semiabiertas que sólo me dejan intuir por dónde sigue el camino verdadero. Lo que no quiero hacer es detenerme y llorar desde mi angustia. No me dejo avasallar por los temores infundados e irracionales que me invaden. Son ilógicos. Dios me ha dicho que Él va a ir conmigo por el camino. Le meta final, está clara, es el cielo, porque yendo de su mano no hay que temer nada. Ya no me asustan tanto los laberintos. No me angustia no saber si todo es correcto, válido, bueno. Habrá caminos confusos que me lleven a retroceder. Decisiones que parecían válidas y no lo eran. Y otros pasos dados en falso que me vuelven a poner en el camino adecuado para salir de la oscuridad. Suelo juzgar con facilidad las decisiones de los demás. Conmigo soy más benévolo, indulgente y misericordioso. Con los demás lo tengo claro siempre. Sé lo que deberían haber hecho, la decisión que hubiera sido la correcta. Con los demás lo tengo claro pero luego conmigo es más difícil. En medio del bosque, del

laberinto, no tengo toda la visión ante los ojos. Se juega todo en el presente. Y no logro ver el futuro ni lo que debo hacer. Pero ir de la mano de Dios calma mis pasos. **Y pase lo que pase, sea bueno o malo, el corazón no pierde nunca la esperanza y sonrío.**

María se arrodilla ante Dios. esa imagen me conmueve. La hija de Dios. La Madre niña. Esa belleza mirando sobrecogida el corazón de su Padre. diciendo que sí en silencio, con el alma, con la voz. Acogiendo ese deseo con el corazón abierto. ¿Estarías tranquila ese día, María? ¿Tendría paz tu alma? Eras mujer, eras hija, eras pobre. Tenías miedo. por eso el ángel te dijo, no tengas miedo, María. y yo quiero tener paz siempre. ¿Cómo voy a tener paz cuando el futuro es incierto? Las decisiones que tomo se me caen de los dedos, se me escapan. ¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Será un paso definitivo que me dará la felicidad que sueño? ¿No me estaré equivocando? Y si es así, ¿cómo podré dar la vuelta y comenzar de nuevo? ¿Tendré fuerzas para tomar nuevas decisiones? ¿Cómo se acierta en esta vida? No hay certezas. Las pocas seguridades que tengo son como esa intuición que desde niño me acompaña, habrá un Dios a mi lado cada vez que yo decida, siguiendo mis pasos, sosteniendo mi alma. No importa que me equivoque porque ese Dios en el que creo volverá su rostro a mí y me dirá que me quiere. En ese momento nada más será importante. Y si esto es así y esta certeza me acompaña siempre, ¿por qué sigo teniendo miedo? porque quiero sostener el timón de la barca, para que no se cambie el rumbo. Porque me empeño en controlarlo todo para que las cosas salgan según lo previsto. Porque no doy mi sí libre y abierto a Dios confiando en sus planes, quizás distintos a los que yo he soñado. Por eso me alegra contemplar a María arrodillada ante el Ángel. O el Ángel mismo arrodillada ante Ella. En un diálogo silencioso. En un montón de miradas y palabras guardadas. Y un sí pronunciado con el alma y un Dios que se hace carne en su piel virgen, en sus entrañas preciosas. Un sí que abre las puertas de los hombres, que rompe los muros que levantan. Como esas murallas que yo mismo construyo para que Dios no entre, para que no me moleste ni inquiete, para que no me salga de mi vida cómoda. Yo no abro esa puerta cuando le digo que no a sus planes. ¿Cómo sabré lo que me está pidiendo Dios en cada momento? No lo sabré con certeza. Tendré que lanzarme al vacío confiado. Miro la roca que me espera siempre en Nazaret. En esa roca está escrito: aquí se hizo carne el Verbo de Dios. En ese lugar exacto. Así es en mi vida. Hay días, hay lugares, hay momentos en los que se decide el resto de mi vida. Hay decisiones que son como una roca sobre la que construir mi vida. Y después de aquel sí primero vendrán muchos otros síes. Son esos síes que pronuncio a veces con dolor, ante la cruz que beso pero no entiendo. Los síes que elevo como oración al no saber si lo que estoy haciendo es tan bueno como parece. Hay síes que me cuestan muchos. No decido nada, sólo beso lo que tengo, lo que me toca. Beso con mi sí el lugar que habito, las personas que me acompañan, los planes que se van haciendo realidad. Saber decir que sí a mi vida en su verdad me libera. Es como un bálsamo que me libera de todas mis angustias y ansiedades. También María tendría que repetir ese sí de la anunciación muchos días de su vida. Sobre todo en esa Semana Santa en la que tuvo que besar un desenlace que no quería. Una cruz áspera y dura que parecía clavarse en sus entrañas de Madre. Así pasa conmigo a veces cuando me enfrento al dolor, a la muerte, a la pérdida. Y esa cruz pesada se yergue ante mí bendiciéndome sin que yo entienda nada. No lo deseo pero lo beso, lo acepto, digo que sí. Acepto el plan de Dios que no es el mío, pero lo acojo. Como un niño confiado sabiendo que Dios es capaz de sacar agua del desierto y vida de la muerte. Deseo otras cosas, quiero otros caminos, sueño otras vidas. Y beso con humildad, con mansedumbre, el camino que recorro en presente, en el aquí y ahora que me toca vivir. Me gusta ese sí de María que abre un río de gracias que lo penetra todo. Ese sí que me convierte en hijo, en niño y me hace más manso y libre. Ese sí que me libera de pretensiones y me deja vivir alegre la vida que Dios me regala. Con la alegría plena del que sabe que el camino lleva a la vida, a la resurrección. Pienso en tantas decisiones que debo tomar cada día. Muchas cotidianas, que apenas parecen importar pero determinan mi actitud ante la vida. Decido desde que me levanto de mil maneras. Decido cómo comportarme, si sonrío o estoy serio, si acepto las cosas como son o vivo amargado y lleno de rencores. Yo mismo elijo cómo enfrento las dificultades, sin culpar a otros, sin hacer que los demás se sientan culpables. Quiero vivir con paz para pacificar mi entorno, a los que viven conmigo. No elijo la guerra, opto por la paz. Abrazo en lugar de condenar. Miro con misericordia en lugar de alejar con mis gritos y palabras que condenan. Acepto las cosas como son en lugar de pretender en vano que sean diferentes. No cierro los ojos ante lo que no me gusta. Lo miro sonriendo y digo que sí, que lo quiero, que lo deseo, que lo acojo en mi alma llena de debilidad

y necesidades. Sé que la salvación la obra Dios en mí en cuanto pronuncio mi sí confiado. Desde ese momento me llena el alma de su paz.

Las casualidades no existen. Las cosas no pasan porque sí y ya está. No creo en el azar en el que todo sucede al antojo de un ser desconocido. Tampoco pretendo que todo tenga un sentido, porque no lo tiene. Al menos aquí en la tierra. La muerte, la enfermedad, la injusticia, todo queda sin respuesta mientras vago por esta vida. Quiero encontrar razones para actuar de una determinada manera. Hacer algo o lo contrario. Actuar o dejar de hacerlo. Pero no siempre encuentro razones para ser de una determinada manera. Y no me siento obligado a actuar de una u otra forma. No hay un camino predeterminado donde los demás caminos no sirven. Siempre puedo optar y equivocarme, caer y volver a levantarme. Y soy de una determinada manera porque Dios lo ha permitido. Y el camino que he tomado me ha ido configurando. Mis elecciones y las que la vida tomó por mí. Soy el fruto de muchos aciertos y desaciertos en mi vida. Miro a mi hermano y sé que se comporta de esta forma porque ha vivido ciertas cosas. Las heridas dejan secuelas y marcan esos comportamientos que pueden hacerme daño. ¿De dónde vienen mis actitudes y mis decisiones? Me trataron mal o me hicieron creer que valía menos, que no sabía, que no era tan bueno como creía. Y entonces no me comporto como me gustaría hacerlo. Porque duele la herida cada vez que alguien vuelve a recordarme quién soy, de dónde vengo. Sangra la misma herida. No es casualidad que me comporte de una forma concreta. Tengo una herencia detrás que me hace arrastrar comportamientos que me enferman o hacen daño a los demás. Y también al revés. Cuando he recibido mucho amor puedo dar amor. Cuando he sido aceptado por muchos puedo aceptar a otros. Me siento como aquel que grita y patalea para que lo quieran más. Y luego al gritar obtiene el rechazo, el desprecio o el castigo, por insistir demasiado, por querer forzar el amor que es pura gratuidad. Se va enquistando en mi alma una actitud rebelde, nociva, que me hace daño. Pienso en la causa y en el efecto que conlleva. ¿De dónde viene todo? Nada pasa por casualidad. Pero tampoco todo tiene un sentido. Las cosas no son perfectas. Ni mi historia lo es. No tengo todas las respuestas para entender por qué soy de una determinada manera. Un acontecimiento puede llevar a otro. Igual que una mentira puede acabar convirtiéndome en un mentiroso. Un acto de pereza en perezoso. Los actos se unen en una cadena que me pueden hacer de una determinada manera. Un círculo vicioso o virtuoso. Leía el otro día: «*Si los deseos se presentan a veces bajo formas un tanto extrañas o propician comportamientos que sin lugar a duda guardan alguna relación con lo que llamamos pecado*»¹. Mis deseos me pueden llevar a hacer el bien o me pueden alejar del mismo. No estoy condenado a actuar de una manera concreta. Yo decido y puedo romper esa cadena, salir de ella. Puedo vencer las tentaciones y puedo evitar ese final que no deseo. En todo caso nada pasa por casualidad. Las cosas que me suceden son voces de Dios que no sé interpretar tantas veces. Tal vez porque no me detengo a pensar en lo que vivo. Esta Semana Santa que comienza es un tiempo sagrado para mirar a Jesús y caminar con Él en estos días. Si Jesús no hubiera ido a Jerusalén. Si no hubiera dicho muchas de las cosas que dijo. Si no hubiera arriesgado su vida siendo demasiado valiente. Si se hubiera escondido en Betania para estar más seguro. Si hubiera contado con discípulos armados que pudieran defenderle en esa noche maldita. Si no hubiera pensado que la actitud de la mansedumbre y la calma era la correcta en esos días tan terribles. Si Judas no lo hubiera traicionado y no hubiera acudido esa noche al huerto. Si muchas cosas no hubieran ocurrido. Nada sucedió por casualidad. No estaba todo predeterminado. No había un único camino posible. Pero ocurrió, y un hecho llevó a otro. Resucitó a Lázaro y los ánimos se levantaron contra Él. Como si fuera culpable de un acto bueno. Y temieron su fama y el prestigio de ese hombre que lo cuestionaba todo y parecía poner en peligro su propia seguridad como fariseos. Un acto siguió a otro acto. Unas palabras a otras. Y así se fue tejiendo esa historia de traiciones y fidelidades. Una tela de araña de la que no era fácil escapar. No me puedo explicar mi vida sin mirar al pasado. Así me entiendo a mí mismo en mi pobreza y en mi grandeza. Y comprendo quién soy y de dónde vengo. Todo ha tenido que ver. Mis errores y aciertos. Nada sobra, todo suma. Soy el que soy, ni mejor ni peor de lo que hubiera podido ser. Los *si hubiera pasado tal cosa o si hubiera sido esto otro*, ya no cuentan. No puedo volver atrás a enmendar los hechos. No puedo salvar a Judas. Tampoco puedo evitar la muerte de Jesús. Todo parece tener un sentido. Sin esa muerte no habría vida eterna y no hubiera sido vencida la muerte. Sin ese amor crucificado no

¹ Giovanni Cucci SJ, *La fuerza que nace de la debilidad*

habría tanto amor derramado sobre los hombres en esa noche, en muchas noches. Miro por eso siempre mi vida con misericordia. Todo lo que me sucede es importante y tiene un valor. Lo que hago y lo que dejo de hacer. Mis dolores y alegrías. Lo que digo y lo que callo. Todo tiene luz desde la mirada de Dios. **Todo es bueno si sé tomarlo en mis manos y entregárselo a Dios.**

Comienza la Semana Santa y me pregunto en qué lugar me encuentro. Quiero saber lo que me duele, lo que me pesa y me hace sufrir. Quiero mirar hacia delante y caminar con mi vida sobre las espaldas. Hay una actitud de Jesús en Semana Santa que siempre me incomoda. Hoy lo escucho del profeta Isaías, como anticipando lo que Jesús vivió: *«Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos. Pues que Yahveh habría de ayudarme para que no fuese insultado, por eso puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado»*. Y el salmo me lo repite: *«Todos los que me ven de mí se mofan, tuercen los labios, menean la cabeza: - Se confió al Señor, ¡pues que Él le libre, que le salve, puesto que le ama! Perros innumerables me rodean, una banda de malvados me acorralla como para prender mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos; ellos me observan y me miran, repártense entre sí mis vestiduras y se sortean mi túnica»*. Y todo eso es lo que sucede en pocos días. Sortean su túnica, lo hieren, lo matan, y Jesús no opone resistencia, no se rebela contra el mal, no clama al cielo pidiendo justicia. Estas palabras del salmo estarían en el corazón de Jesús esos días difíciles: *«¡Mas tú, Señor, no te estés lejos, corre en mi ayuda, oh fuerza mía, ¡Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré!:- Los que a Dios teméis, dadle alabanza, raza toda de Jacob, glorificadle, temedle, raza toda de Israel»*. Suplicó en Getsemaní a ese Dios, su Padre, que podría librarlo del sufrimiento y de la muerte. Es lo mismo que yo hago al mirar mi propia cruz, mi dolor, el nudo que en mi alma me hace sufrir. Y me pregunto: ¿Dónde está mi Dios? No me resisto, no esquivo el dolor, no me alejo del sufrimiento. No quiero negarme a aceptar en mis manos lo que me duele, lo que más temo. Pero no siempre esta es mi actitud. La no resistencia, la mansedumbre. Estoy acostumbrado a defender mis derechos, a exigir que se haga justicia, a pedir que respeten lo que es mío y me corresponde. La actitud de Jesús mientras lo golpean y mesan su barba. Su humildad mientras es condenado injustamente sin oír su defensa. Ese silencio, esa no respuesta, me duelen. Yo no soy así. Y Jesús parece pedirme algo que escapa de mis capacidades. La humildad, la mansedumbre, la no resistencia, la no rebeldía. ¡Qué lejos estoy de esa actitud a la que me invitan estos días! Mientras tanto yo vivo rebelándome contra lo que me hace daño. Contra aquellos que me quitan mis derechos y se erigen en jueces que condenan mi vida. Deciden lo que puedo hacer y lo que no. Actúan a mis espaldas criticando todos mis actos, da igual lo que yo haga. No soy humilde. Más bien mi orgullo me duele mi dentro y quiero que las cosas cambien. Que la realidad sea otra. Que no haya sufrimiento, ni críticas, ni dolor. Que nadie me condene a mis espaldas. Es lo que quiero, que otros paguen la pena y no yo. Pero Jesús no ofrece resistencia, no se opone, no lucha ni pide ayuda para salir sano y salvo de la contienda. Jesús en su vida deja que le besen los pies y los unjan con perfume. Deja que lo aclamen cuando entra en Jerusalén. Deja que lo busquen porque hace milagros, cura enfermedades y multiplica el pan. No se resiste a los halagos. Y lo mismo sucede con las críticas y juicios que vierten sobre Él. No se defiende, no forma a sus discípulos para que usen la violencia. Su único lenguaje va a ser el del amor. Y no quiere hacer nada que no sea respetar lo que sucede. ¿No podría haber huido esa semana de Jerusalén? ¿No podía haber esquivado la muerte y el dolor? Es lo que siempre me planteo. ¿Cómo puedo esquivar el dolor, la cruz, lo que me asusta? Eludo los problemas, los evito. Y no acepto que la cruz me roce. Cuanto más lejos esté mejor. Por eso me incomoda tanto Jesús en la Semana Santa. Me gusta verlo desafiando a los fariseos o dejándolos en ridículo. Me gusta ver cómo cura en sábado yendo contra lo que dicen los fariseos. Me gusta ver su fuerza, su pasión. Me incomoda ese Jesús roto que parece inerme en manos de sus verdugos. ¿Lo abandonó la fuerza de Dios? No quiero que sea así. Me asusta ese Dios débil que no se opone al mal. Me cuesta que aquellos que creen no defiendan incluso con la fuerza aquel credo que los fortalece. No entiendo el silencio ante las críticas. Ni la pasividad ante la violencia. No logro aceptar perderlo todo sin defenderlo con la propia vida. Me pongo a seguir los pasos de Jesús y dudo. Puedo hacerlo hasta que llega el jueves santo. Puedo defenderlo en el templo y en la entrada gloriosa en Jerusalén. Tengo otras expectativas con Dios. Creo en la fecundidad, en los logros y en los éxitos. Creo que Dios se merece lo mejor y me cuesta aceptar la mansedumbre. Si algo está mal hay que decirlo. Pero no. Ese no es el camino. Jesús me muestra otro camino que parece ser el de los débiles. No oponer

resistencia. No evitar el mal. Dejarse llevar, dejarse hacer. Jesús deja de hacer cosas y pasa a ser conducido donde no desearía ir nunca. No hace ni dice mucho en esta Semana Santa. Sólo calla y lo que dice es lo contrario de lo que espero escuchar. No hay más milagros, nada prodigioso, sólo un hombre llevado al patíbulo. Y el grito de un Dios que muere perdonando. Me impresiona que Dios quiera hacerme a imagen de Jesús. Débil y obediente. Pacífico y manso. Humilde y confiado. **Le tengo que pedir a Dios que haga en mí posible ese milagro de la mansedumbre.**

En este domingo todo es fiesta y alegría. Y no deja de sorprenderme cuando voy a comenzar la Semana en la que revivo la pasión y muerte de Jesús: *«Conforme iba avanzando, la gente tapizaba el camino con sus mantos, y cuando ya estaba cerca la bajada del monte de los Olivos, la multitud de discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los prodigios que habían visto, diciendo: - ¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas! Algunos fariseos que iban entre la gente le dijeron: - Maestro, reprende a tus discípulos. Él les replicó: - Les aseguro que si ellos se callan, gritarán las piedras».* Jesús entra en Jerusalén como un rey. Eso siempre me impresiona. Más tarde el viernes querrán matarlo y gritarán que lo crucifiquen. ¿Los mismos? No lo creo, pero sé que las masas son manipulables. Tengo claro que los que hoy lo aclaman como si fuera un rey quieren a Jesús, lo siguen, lo aman. En esta escena se encuentran los sanados por su ternura, los curados de sus dolencias gracias a su corazón grande, aquellos a los que salvó la vida con sus palabras y sus gestos. Los que fueron mirados con misericordia cuando menos lo merecían. Aquellos que no entienden de política y no buscan los primeros puestos en las sinagogas, porque se sienten indignos. Aquellos que sólo veían en Jesús el rostro misericordioso de un Dios que todo lo puede y se abajó haciéndose hombre para mostrarles un camino. Por eso lo aclaman, gritan, ponen sus mantos en el suelo para que Jesús pase sobre ellos, lanzan ramos como si fuera un rey poderoso. Es curioso, sólo días antes de su muerte, mientras muchos planean cómo acabar con Él, Jesús es recibido como si fuera un rey. Y se deja querer, no acalla los gritos, ni las aclamaciones. No se niega a ser tratado como un rey. Incluso dice que hasta las piedras gritarían si callaran los hombres. Eso me impresiona. A menudo baso el poder de la Iglesia en lo visible. Me preocupan las cifras. Me duele que la gente no participe en los sacramentos o haya perdido la fe. Que no haya tantas vocaciones a la vida consagrada como antes. Que mucha gente no se case por la Iglesia y no permanezca en ella amándola. Que muchos ya no se confiesen y no tengan sentimientos de culpa. Todo esto me preocupa, claro, porque deseo que Dios llegue a todos y sea amado por todos. Pero al mismo tiempo sé que el reino de Dios no depende de mí. No son lo importante mis gritos de alegría, de entusiasmo, de fiesta. No está todo centrado en mi capacidad, en mi fidelidad. Se me olvida muy a menudo que Dios puede hacer gritar a las piedras cuando los hombres pierden la voz. Por eso hoy me relajo y me alegro en la fiesta de este domingo. No importa si son pocos los que acuden a las puertas de Jerusalén a ver a Jesús que hace obras maravillosas. No me importa que no sean suficientes para detener la maldad de los que quieren matarlo. La salvación no es obra mía. Yo no salvo a nadie. Dios y sus caminos son la salvación y esos caminos no son mis caminos. Jesús entra en Jerusalén y lo llena todo de alegría. Yo me alegro sin saber realmente por qué. Cuando lo que hago es escuchar la pasión y ver cómo acaba todo con esa muerte ignominiosa. Se me olvida que la última palabra la tiene Dios salvando a su Hijo de la muerte. La última palabra brota del sepulcro vacío que me habla de una esperanza que es definitiva, de una alegría que no es pasajera. Mientras tanto me gustan las alegrías del domingo de ramos. No es la alegría de la resurrección. Es una alegría temporal, pobre e incompleta. Pero es la alegría que siento en mi corazón cuando logro pequeñas victorias en mi vida terrenal. Cuando soy sanado por Dios en mis enfermedades cotidianas. Cuando me alegran los pequeños regalos que recibo de sus manos. Quisiera en este domingo pensar en todas las razones que tengo para llamar a Jesús rey de mi vida. Me ha salvado, me ha buscado, me ha levantado, me ha curado con su ternura. Ha sanado mi alma con su misericordia. Me ha recordado que mi vida merece la pena. Ha curado mis enfermedades crónicas. Y encuentro muchos motivos para agradecer su presencia en medio de mis pasos. Cuando me fijo sólo en lo que me falta no soy feliz. Veo mi camino al Calvario y me entra la pena. Pero cuando me fijo en los pequeños regalos que Dios me hace en mi vida sonrío y tengo paz. Son muchos regalos aunque no sepa valorarlos. Detrás de cada derrota hay pequeñas victorias escondidas. El esfuerzo, la lucha, mi entrega, merecen la pena. No todo es derrota. Detrás de cada muerte en mi historia está Jesús resucitando. La alegría de estos ramos quiero que dure mucho tiempo. Quiero que siempre pueda agradecerle a Dios por lo que me

concede en el presente. El futuro no lo conozco. Pero miro mi historia y me doy cuenta de su bondad. Me ama con locura. He nacido para seguir sus pasos porque su mirada me salva. No me entristezco al comenzar estos días. Guardo en el corazón una alegría permanente que me da paz. Quiero que esta alegría de ramos dure siempre en mi corazón. **Que no haya tristezas temporales que me saquen de mi actitud de agradecimiento.**

Jesús es aclamado como rey. Pero no es un rey poderoso. No tiene caballo, sino sólo un burro: «*En aquel tiempo, Jesús, acompañado de sus discípulos, iba camino de Jerusalén, y al acercarse a Betfagé y a Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: - Vayan al caserío que está frente a ustedes. Al entrar, encontrarán atado un burrito que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo aquí. Si alguien les pregunta por qué lo desatan, díganle: - El Señor lo necesita. Fueron y encontraron todo como el Señor les había dicho. Mientras desataban el burro, los dueños les preguntaron: - ¿Por qué lo desamarran? Ellos contestaron: - El Señor lo necesita. Se llevaron, pues, el burro, le echaron encima los mantos e hicieron que Jesús montara en él*». Jesús es un rey humilde, pobre, sin grandes pretensiones. Un rey que no pretende vencer a los romanos ni establecer un nuevo reinado de los judíos. Un rey que no tiene ejército sino sólo discípulos desarmados que hablan de amor. Un rey que protege a los indefensos y no se alía con los poderosos. Me gusta este rey que entra en Jerusalén. Los fariseos temen a un hombre indefenso porque es muy querido por el pueblo, porque se ha ganado su favor. Lo aman por lo que hace, por lo que dice. Ellos piensan que es peligroso. Porque todo hombre tiene un precio y Jesús es insobornable. Puedo pagar a alguien para que calle o para que hable. Puedo pagar para que haga lo que yo quiero. Pero encontrar a un hombre insobornable a quien no puedo comprar, impresiona. Jesús es ese hombre de una sola idea al que no se puede someter. Es un hombre libre que no se deja humillar, que no permite que le digan lo que tiene que pensar, lo que ha de decir. Y como no pueden con Él, deciden que es mejor que muera. Cuando se vaya ya no habrá que temer a ese hombre que ponía en duda el poder de los fariseos, la seguridad de los poderosos. Ojalá fuera esta mi actitud en la vida. Quiero ser como este Jesús que tiene respuestas y guarda silencio. Que actúa con amor y nunca con violencia. Que da esperanza en medio de la desesperanza del mundo y no se deja comprar. Me gustan las palabras que hoy escucho: «*El Señor me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos; el Señor Yahveh me ha abierto el oído*». Jesús escucha a Dios en su corazón y habla de la misericordia. Da esperanza a los cansados. Y da alegría y paz al que vive con miedo. Así quiero ser yo. Por eso comienzo esta Semana Santa de su mano. Quiero que estos días sagrados cambien mi corazón. Esta semana no es una semana más. Es la oportunidad para cambiar por dentro. Acompaño a Jesús desde el domingo de ramos durante todos los días de pasión. Hoy domingo me alegro. Mañana lo acompañaré en Betania y en el templo. Y así cada día iré siguiendo sus pasos. Porque quiero ser su discípulo. Quiero escuchar esas palabras sabias que brotan de su corazón misericordioso. Pienso en mi propio corazón al comenzar estos días. ¿Cuáles son los temores que me pesan? ¿Qué angustias anidan en mi corazón? ¿Qué me inquieta, qué me preocupa? El mundo con sus problemas. La guerra, la pandemia, la crisis. Todo me habla de noticias difíciles. Es fácil estar en paz cuando todo me resulta bien. Pero cuando las cosas salen mal y mi bienestar peligra, me inquieto, pierdo la paz y alzo la mirada a Jesús pidiéndole que cuide mis pasos y me dé su paz. Todas las semanas santas guardan dificultades y dolores. En todas ellas vuelvo a revivir la pasión en mi corazón y siento el dolor de mi pecado y el sinsabor de la derrota. Y sé que Jesús vuelve a vencer a la muerte. Vuelve a triunfar sobre el mal. Y no lo hace por medio de la fuerza. No impone la paz en negociaciones difíciles. Su arma es la paz. Su respuesta es el amor. El silencio es su palabra más poderosa. Se impone sobre todos los que desean su mal. Muriendo los vence y nos regala una vida que ya nadie podrá vencer. Me gusta entonces comenzar este domingo cruzando feliz la puerta de Jerusalén aclamando a Jesús como mi rey humilde e indefenso. Aunque parezca que todo va a salir mal su mirada me da confianza. En medio de mis miedos la paz que emana me sostiene. Me mira y su misericordia me levanta de mi pecado, de mi fragilidad. Así quiero comenzar estos días, dispuesto a dejarme cambiar por ese Jesús que viene a morir conmigo **para resucitar en medio de mis pasos, en medio de mis días.**